

## El "Templo Nuevo" de Puerto Cabello

*Elite*, 1954-06-19.

Puerto Cabello tiene dos iglesias parroquiales: la de La Caridad, situada junto al Hospital, y la de San José, mejor conocida por "Templo Nuevo".

Hay, además, una iglesia que está aún en construcción en la urbanización de Valle Seco, dedicada a la Santísima Virgen de Coromoto.

De estos tres templos, el más antiguo; el más viejo, es precisamente el que los porteños, por razón de la singular historia de su construcción, llaman "Templo Nuevo".

La vieja iglesia parroquial de San José ocupaba el local de los almacenes que construyó la Compañía Guipuzcoana para sus mercancías de tráfico mariner, en la plaza Flores, cerca de la playa.

La recordarán muchas generaciones de porteños asociada al escándalo más sensacional de los anales religiosos del Puerto y probablemente de todo el país. Una noche del año 1910 violentaron unos ladrones la puerta de su Sacristía, robaron los cálices, "la mejor custodia" y una corona de la Virgen del Carmen, forzaron la puerta del Sagrario y se hicieron con los dos copones, "que después arrojaron debajo de los escaparates de la Sacristía, por considerarlos de escaso valor". Si no queda la memoria del hecho mismo, los que en aquella época tenían menos años que el siglo tienen al menos que recordar hoy las luces de velas y los gestos tristes que paseaban en procesión en los solemnes actos de desagravio celebrados entonces, como se celebraron en todo el país en una manifestación de dolor nacional.

El traslado del culto de este viejo templo a la monumental iglesia situada en el centro geográfico de la Parroquia de San José, frente a la Plaza Bolívar, se efectuó con gran solemnidad el 11 de abril de 1943. Domingo de Pasión. Desde entonces, por virtud de la nueva ornamentación llevada a cabo en su interior y la ventajosa relación con respecto a las destartadas instalaciones del viejo almacén de la Guipuzcoana, el pueblo llamó "nuevo" a la iglesia cuyos cimientos "de castillo o fuerte español" tenían más de cien años.

\* \* \*

Dicen, sin que haya noticias escritas que avalen la veracidad del recuerdo histórico, que los cimientos de esta enorme edificación fueron obra de un sacerdote español. La obra "Los Padres Agustinos Recoletos de Venezuela y Trinidad" da la fecha del año 1852. El Padre Aguas, de quien obtuve los datos, consultó con los padres agustinos que han trabajado en Puerto Cabello durante muchos años, y ninguno la daría como cierta con el riesgo de cometer el más leve pecado venial. Si se sabe de cierto que hace algo más de un siglo, sin determinar año, dieron comienzo a la excavación de cimientos "como de un

fuerte español" en un lugar de manglares *donde llegaba el agua*. Puerto Cabello apenas tiene una altitud de tres metros sobre el nivel del mar.

Si parece haber base histórica sería también, de que la edificación, en su primera o segunda fase, fué suspendida en el año 1892, en el cuarto centenario del descubrimiento de América. Entonces tenían terminados los muros externos, a excepción de los pequeños arcos de lo que forman hoy el nicho de las capillas, y la casa parroquial adosada al templo, "sin pisos ni escaleras".

Ya para entonces, este enorme templo con muros de *calicanto*, tenía el amplio proyecto de luz de tres puertas frontales y 34 ventanales, que han estado por muchos años como ojos vacíos. Y este gesto triste de ciego ha durado a los murallones hasta hace poco más de cien años.

La enorme superficie de muros catedralicios está construída utilizando, no la piedra de cuerpo que ordinariamente se emplea en las grandes construcciones de mampostería, sino una pequeña, escurridiza y hasta casi rodada, unida una a otra con una argamasa de arcilla muy poco consistente. De ahí que hayan surgido diversos inconvenientes para llevar a cabo el enlucido y la terminación de este magnífico exponente del esfuerzo cooperativo de hombres impulsados por una creencia. Porque esta es una muestra peculiar de obra de colaboración ciudadana.

Refería recientemente el escritor Ramón Díaz Sánchez, porteño él y amarrado a puerto, como un bote, en una de sus amenas charlas, que siendo niño su buena madre acostumbraba llamarle al orden amenazándole con llevarle a presencia del cura para imponerle la penitencia de llevar una "piedra grande" para la construcción de la iglesia de San José. Las piedras no podían ser grandes en el muro, como puede deducirse de la pintoresca anécdota.

\* \* \*

Tanto para los Padres Agustinos Recoletos, a cuyo cargo están, por atribución especial las parroquias porteñas, como para la población de Puerto Cabello, la terminación del "Templo Nuevo" constituye algo así como una pesadilla larga de más de un siglo.

Don Juan de Guruceaga me decía que en *su tiempo* (echen el reloj casi medio siglo atrás) ellos, muchachos, acostumbraban ir a jugar a la pelota entre muros. Después, poco antes de iniciarse la reciente etapa de reconstrucción, hubo rumores de que el espacio amurallado iba a ser acondicionado para Teatro Municipal o algo parecido. ¡Hubiera querido ver el gesto de los buenos agustinos!

Pero, por fin, en 1938 se decidió, como un gesto de reparación, reanudar la obra para el destino que el fraile español dedicó los primeros cimientos del "fuerte español", frente al "Golfo Triste".

Pero no ha sido completo. Hoy, los muros de este enorme edificio, con características y proporciones de Catedral, aparece sin lucir, mostrando al desnudo sus piedras magras de calicanto un poco gastadas por el agua, el salitre y las perseverantes caricias del viento del Caribe. Está terminado, o casi, el acabado interior. En las fotografías que ilustran estas páginas hallará el lector aspectos de la hermosa iglesia sin lucir, sin torre y sin apenas campanas.

Según me decía el Padre Aguas, hay dos razones principales para que este monumental templo, de gran valor histórico, no esté aún completamente terminado: Una razón técnica y otra económica. Esta está, precisamente, condicionada por la razón de tipo técnico.

La escasa calidad de la arenilla de que está hecha la argamasa del calicanto no permite el empleo ordinario del cemento para revestir los muros. La solución técnica resulta muy cara. El costo excedería, seguramente, el millón de bolívares.

Pero precisamente esa situación de las paredes, de la mala calidad de los materiales con que fueron levantados estos muros históricos, hace más urgente la necesidad de preservarlos y evitar que constituyan un riesgo en el futuro. Abandonarlos sería perder este hermoso pedazo de historia amasado con arenilla pobre, pero con el sudor precioso y el fervor de varias generaciones de porteños.